

# TRANSMUTACIÓN

SILVIA CASTILLO LÓPEZ

Se podría pensar que la madurez llega con la edad, que aprenderemos a vivir conforme pasa el tiempo, y que algún día encontraremos la felicidad. Nos preguntamos por qué la mayoría de las veces Dios no nos responde; llegamos a creer que la vida es demasiado injusta y que merecemos aún más.

En alguna etapa de mi vida, todo esto revoloteaba por mi mente y anidaba en mi alma. De manera extraña, sentía un vacío que oprimía mi pecho constantemente y no me dejaba respirar. Buscaba respuestas sin encontrarlas, era como si un velo sobre mis ojos no me permitiera contemplar el milagro de la vida. Vivía sin vivir.

El pasado atormentaba mi presente. El dolor era tan inmenso que no encontraba un analgésico que lo atenuara. La soledad ensombrecía y turbaba lo que era real y en verdad valioso.

Fue así como Dios llegó a mi vida. Sólo Él pudo sanar mis heridas, brindarme respuestas, regresarme la paz. Me permití ser acompañada en un momento en el que ya no había más alternativas. Dios se había convertido en mi única opción.

Bendita elección, pues a partir de ese momento mi corazón y mi vida han sido transformados; mi interior fue renovado, aquel clamor fue escuchado.

No volveré atrás; ahora he madurado, he aprendido y me siento plena. Sé que la vida es un constante aprendizaje y estoy dispuesta a emprender el viaje. Sé que Dios responde... llenó el vacío de mi alma.

Dios interviene en nuestras vidas a cada instante, pero nuestro espíritu aletargado nos impide percibir y aprender con rapidez. En mi proceso, Él se encargó de transmutar mi aura. Fue un despertar sublime: reencontrar un sendero, sentir, anhelar, soñar... empecé a respirar de nuevo.

Sigo buscando respuestas, pero en un sentido diferente. Busco respuestas, mas no los porqués. He suplido la aflicción por el perdón, la aceptación; puedo contemplar el milagro de la vida e intentar existir con plenitud.

Mi reencuentro ha sido quizás algo de lo más complicado: conocerme, aprender a amarme, respetarme, consentirme y valorarme. La clave para reconciliarme con el mundo, con mis semejantes, con las personas que amo, con la naturaleza, con la existencia. Aceptarme a mí misma.

Mi espíritu sigue despertando, y le pido a Dios no le permita un solo bostezo; el costo es alto, y mi sueño es seguir creciendo y persistir en el camino, pero no lo puedo conseguir dormida.

Ahora estoy consciente de que soy responsable de mi vida, de mis actos, de mi autorrealización, de crear y llenar mis propios espacios, de ser mujer de tiempo completo, aceptando mis virtudes y defectos, mis nostalgias y alegrías.

Atesorar una carrera en constante cambio, que me impulse a mantener una lucha diaria contra todos aquellos sentimientos, ataduras y miedos que intenten perturbar mi diario vivir.

Dios me ha permitido construir nuevas bases en mi vida sobre cimientos firmes. He hecho consciente lo inconsciente, he redefinido conceptos, me he reeducado en algunas áreas y trabajo en otras. Especialmente en ser menos exigente conmigo

misma, recordar que soy una mujer alejada de la perfección, que estoy de paso en una vida con una misión muy distinta a la que antes creí, una vida que sólo me pide amar y permitirme ser amada, sentirme valiosa y merecedora.

Aquella tierna oruga, hoy se ha transmutado para convertirse en una mariposa hacedora de su propia libertad.

Ciudad Cuauhtémoc, Chih.